

Juan Pimentel, *Fantasmas de la ciencia española*, Madrid, Marcial Pons - Fundación Jorge Juan, 2020, 413 págs.

El libro *Fantasmas de la ciencia española*, de la autoría de Juan Pimentel, tiene apenas un año de haber salido a la venta y ya ha sido presentado y reseñado numerosas veces en varios medios de comunicación y con enlaces internacionales, incluso. Contrario a lo que pudiera pensarse, la época de pandemia que ha coincidido con el nacimiento de este libro no ha sido para nada inconveniente, pues la llamada “nueva normalidad” a la que hemos sido sometidos globalmente nos abrió la posibilidad de asistir a presentaciones, entrevistas y conversatorios que, en otro momento, solo habrían sido bien vistos y valorados si se hubieran hecho en el tradicional formato “presencial”. Sin embargo, hoy en día, y tras varios meses de confinamiento, la presencialidad pareciera que adquiere otro valor. Tenemos la idea de presencia asociada al mundo de lo tangible y lo que aparentemente es real. Pero, si lo miramos bien, tras largos meses de asistir a reuniones virtuales de trabajo, enseñanza o convivencia ¿podríamos pensar que estar presentes realmente solo significa compartir físicamente un mismo espacio? La virtualidad a la que nos hemos acostumbrado pone en la mesa esta cuestión. Pareciera que uno no está menos presente si se mantiene conectado a través de cualquier dispositivo diseñado para esto, sin importar que, al final del día, lo que está presente sea, en realidad, nuestro fantasma, la memoria que se tiene de nosotros y de nuestra esencia.

Este escenario, que hoy en día nos es tan cotidiano, probablemente nos ayude a comprender mejor el acercamiento de Juan Pimentel a estas visiones de la ciencia española que el autor alcanzó a otear en sus apariciones fugaces, intermitentes y translúcidas dentro de las narrativas historiográficas contemporáneas. Así, su libro materializa textualmente a los espectros y se dedica a observar las tramas, complejidades, conexiones, redes, pasajes, trayectorias y personajes de ocho episodios de una historia de la ciencia que se entrama desde la raíz con la historia del arte, para dar pie a discusiones mucho más amplias.

Fantasmas de la ciencia española es un libro colectivo que reconoce, recupera y expone la tradición historiográfica hispana. La colectividad surge de la continua e incesante conversación que el autor sostiene con sus interlocutores contemporáneos, presentes en el profuso aparato crítico que sostiene el análisis de las fuentes documentales. Este diálogo le permite mostrar y enriquecer sus tesis, develando distintas capas de un mismo hecho a modo de cortes estratigráficos. Arqueología del saber, dirían algunos. Erudición, dirían otros.

Desde el principio, Pimentel propone el maridaje de arte y ciencia con la finalidad de poner en valor una relación que, hasta hace relativamente poco, no se reconocía como consustancial. Pero, ¿qué es lo que quiere decirnos? ¿Nos habla de una historia de la ciencia ilustrada con imágenes? ¿Son historias que se cuentan a través de las imágenes?, más aún ¿son estas las que producen una historia? En el libro todas las imágenes tienen un absoluto contenido narrativo; reivindican, condensan pasados y presentes, construyen relatos y memorias colectivas; son archivo, relato y documento; “ventanas sobre el abismo del tiempo” diría el autor. Sus soportes, formatos y tipos son distintos: pinturas, grabados, mapas, planos, fotografías e ilustraciones producidos en distintos contextos y temporalidades; aunque también aparecen en forma de letras que, formadas como descripciones detalladas, provocan en los lectores algunas imágenes mentales que quizá dependerán de las referencias individuales, la imaginación o la idea que tengamos del paisaje, el personaje o la situación que se narra.

En los ocho capítulos que componen el libro las situaciones se suceden en orden cronológico, comienzan en el siglo XVI y terminan en nuestros días, y si bien esto da estructura al libro, también le permite al autor jugar con imágenes que, de pronto, rompen esa línea temporal, como cuando incluye *La Trahison des images* (*Ceci n'est pas une pipe*), de René Magritte, en el capítulo que nos habla de los primeros avistamientos del Mar del Sur en 1513. Si a alguien esto le causara un sobresalto, le diremos que esta iniciativa

bien se puede amparar en “la autonomía del poeta” –como llama Walter Benjamin a la libertad del autor para escribir lo que quiera– porque, al final, aunque se hable de ciencia, la escritura de su historia no deja de responder a un proceso creativo. En este proceso, a las imágenes que aparecen en el libro se las dota de sentido en función del evento histórico-científico que ayudan a explicar, y se las analiza a nivel iconográfico tanto como iconológico, tejiéndolas en una suerte de hipertexto que les permite transitar, emigrar y moverse en historias que no son lineales y que narran diferentes momentos que no son necesariamente exitosos.

La historia que aquí se cuenta no es de triunfos ni fracasos, sino de idas y venidas, de trayectorias, itinerarios y contratiempos que explican el porqué de lo que sabemos y conocemos hoy, cumpliendo con resarcir la importancia de algunos de aquellos personajes soslayados e invisibilizados por las narrativas tradicionales. El capítulo 1, por ejemplo, recupera la andanza de Nuñez de Balboa y el avistamiento del Mar del Sur, para traernos al primer plano el papel del conocimiento indígena en la constitución de los saberes occidentales. Con eso en mente, Pimentel expone las presencias difuminadas de los indígenas que aparecen en las imágenes conmemorativas como extras en un escenario o como parte del fondo borroso de una fotografía tomada con poca profundidad de campo. Lo mismo sucede con el capítulo 7, “Mujeres que observan”, que se inserta en esta corriente de reivindicación del sujeto femenino como productor activo del conocimiento científico y la creación artística. Desde ahí, nuestro autor erige como estandartes las figuras de Maruja Mallo y Piedad de la Cierva en cuanto representan esto que ahora todos sabemos: las dificultades para observar y ser vistas. Pimentel expone la práctica pictórica de Mallo como empresa científica y transgresora, aunque perdida entre los grandes nombres de sus colegas masculinos; mientras se refiere a de la Cierva como una científica suficientemente sensible para desahogar su creatividad no solo entre microscopios y lentes, sino entre las letras que exponían de forma igualmente artística sus memorias.

Los microscopios y las lentes nos conectan a su vez con la *Lección de Anatomía* de Santiago Ramón y Cajal, que se devela en el capítulo 6, para mostrarnos la pasión del médico por el dibujo y la fotografía. El foco de la narrativa visual son las imágenes histológicas creadas por él y un par de retratos en los que aparece como protagonista. Estos objetos nos muestran sus capacidades de observación, representación y materialización de sus descubrimientos; su afición por la fotografía y sus deseos de proyección pública como objeto central de una composición visual.

La medicina y el dibujo forman una pareja casi indisoluble. En un ámbito cercano y lejano a la vez, el capítulo dedicado a la obra iconográfica del médico José Celestino Mutis nos deja ver la importancia del lenguaje de las flores para la materia médica. La Flora de Nueva Granada aparece en el volumen para develar una de las tantas prácticas de creación de imágenes científico-artísticas en el contexto de una expedición botánica en América. Los capítulos 2 y 5 nos hablan también del vínculo España-América en el periodo colonial; su ‘descubrimiento’ –o invención–, las incontables descripciones del territorio, las imágenes textuales y dibujadas, los mapas. En este último rubro se unen las cartas geológica y geodésica de España con el mapa mesoamericano de Macuilxóchitl y las cartografías textuales hechas por el célebre Francisco Hernández en su primer periplo por Nueva España. Lenguajes pictográficos y textuales que nos hablan de territorios trazados intrínsecamente y extrínsecamente desde miradas filtradas por cosmogonías y cánones de representación disímiles en formato, tiempo y espacio.

Pero los mapas transitan también al cuerpo cuando se habla de anatomías. La obra de Crisóstomo Martínez nos lo demuestra en el capítulo 3 tras el análisis de los grabados de su *Atlas anatómico*, vinculados en una lucidora faena con las *Vanitas* angelicales de Antonio de Pereda. “La mirada del ángel” nos habla de la representación de lo invisible, el deseo escópico y la importancia de la tecnología en el logro de esos objetivos. El microscopio y las lentes salen de nuevo en la narrativa para demostrarnos cómo todos los capítulos se interconectan con redes que no se fuerzan ni aparecen gratuitamente. Por ejemplo, y para terminar con el trazo de este entramado rizomático, son las *Vanitas* de Pereda las que nos remiten también al mundo de las colecciones y los gabinetes de curiosidades, que es el tema del capítulo de cierre de nuestro libro. Ahí Pimentel nos describe densamente una obra contemporánea de intervención al Museo del

Prado en la cual Miguel Ángel Blanco se atrevió a poner en diálogo las obras maestras de la pintura con ejemplares diversos de la historia natural. Un principio que ciertamente fue paradigmático de los principios del coleccionismo moderno y que hoy solo evidencia lo excluyente de los criterios curatoriales y de exhibición de los museos. Los que tuvimos la suerte de asistir físicamente a este encuentro pudimos constatar que la idea, lejos de ser descabellada, ponía sobre la mesa una reflexión sobre la museología contemporánea y la forma de jerarquizar cierto tipo de arte sobre otros artefactos naturales e incluso, sobre otros creadores. Ya lo dice Pimentel, en las colecciones del Museo del Prado hace falta visibilizar –entre otros– a los autores de origen e influencia española que, desde la América colonial produjeron también obras de calidad notable, y aquí yo cerraría preguntándole a nuestro autor ¿y no será que en la revisión de los fantasmas de la ciencia española hace falta contar también a todos aquellos criollos que entre los siglos XVI y XVIII construyeron y desarrollaron un importante conocimiento científico a nombre de España, desde América? Esperemos la respuesta...

María Eugenia Constantino Ortiz
Universidad del Valle de México